
Premios Excelencia 2023

Martín Anaya Quesada 26509850G - martinanaya@correo.ugr.es



UNIVERSIDAD DE GRANADA

Premios a la Excelencia en la Internacionalización de Estudiantes - Memoria

Firma (1): MARTIN ANAYA QUESADA
En calidad de: Solicitante



Este documento firmado digitalmente puede verificarse en <https://sede.ugr.es/verifirma/>
Código seguro de verificación (CSV): 1EAEF159CA0322B0F7E8A381FB634E85

14/09/2023 - 23:38

Pág. 1 de 9

Después de tres décadas y media el Erasmus es algo más que un proyecto de la Unión Europea. Es un espacio para integrar experiencias personales, donde crear una sensibilidad para abrir mentes y colaborar en la solución de problemas que están o que nos llegarán.

De joven hay que pensar que los recuerdos no tienen reloj y que esos momentos nos conducirán al futuro y sus retos. Me refiero a las sensaciones que se quedaron en nuestro pensamiento y que podemos asegurar que no son cosas de la imaginación. De esa forma se pueden integrar diferentes puntos de vista para resolver problemas y comprender que las distancias se reducen como algo natural.

No se trata de dotar de nostalgia a sucesos del pasado, ni de incorporar heroicidades que probablemente no existieron. Se trata de hablar del futuro de todos y de que las diferencias simplemente hay que explicarlas. La historia, la economía, o uno de los mayores fracasos de nuestro tiempo como son las guerras explican nuestra manera de mirar al mundo.

El curso pasado residía en Polonia. Del andaluz “ozú qué caloo” pasé al “straszny chłód” junto con madrileños, turcos, mexicanos, portugueses, y un par de granadinos peculiares. Los finlandeses y los noruegos sonreían con la pequeña ironía de la “calooo”. Acostumbrado a las callejuelas de los pueblos de Jaén que te empujan a la plaza del centro, llegué a una ciudad, Łódź, donde una avenida traza las líneas que han de seguir los edificios y te desplazan del centro.

Recordé que la escritora Almudena Grandes hablaba del frío en la sierra sur de Jaén. Algunos, en el trayecto a clase, podíamos sentir esas sierras de inviernos helados, pero otros aseguraban que ese insistente bajo cero no era para tanto.

En el aeropuerto de Madrid, mi familia me daba las últimas instrucciones contra el frío. Subiendo al avión me despedía el sol de aquí, de ese que hace que agradezcas la sombra cuando caminas por un parque. Aterrizamos de noche en el



aeropuerto de Varsovia y continuamos viaje en tren durante dos horas y media hasta Łódź. Los días en Łódź, cubiertos por nubes y apretados con heladas, nos enseñaron que nuestros inviernos no son nada. Secar la ropa al aire libre era una imprudencia, como pude comprobar con unos pantalones.

Un plan académico y un plan de colaboración tienen que viajar juntos, de ese modo se impulsa la movilidad, porque un erasmus no puede ser ni un turista, ni un simple estudiante. En el mundo actual es fácil comprobar que ningún lugar queda demasiado lejos. Los nuevos profesionales hemos de entender que la cultura forjada con experiencias personales nos enriquece hasta comprender que no se trata de remarcar diferencias en tradiciones, festejos o idiomas. La cultura es capaz de encontrar nuestras semejanzas, de comprender –por muy rico que esté el gazpacho, en Polonia se tomará calentito–. La cultura no es crear diferencias para reivindicar una identidad, forzando hasta el absurdo peculiaridades gastronómicas, folclóricas, o incluso festivas... la cultura es una forma simple de entendimiento, un espacio donde las diferencias aportan otro punto de vista y por lo tanto integrar la posibilidad de otra solución.

En mi plan de estudios hay dos avenidas principales: Camino de Ronda con casi cuatro kilómetros, en Granada, y Ulica Piotrkowska con algo más de cuatro, en Łódź. En mi plan de estudios se coló una pandemia, el coronavirus, una guerra sanitaria que nos recluyó en casa y una guerra por la invasión rusa de Ucrania que nos unió para llevar ayuda a los refugiados que llegaban a la estación donde los trenes dejaban a familias rotas.

La respuesta fue inmediata, en nuestra residencia la movilización solidaria fue creciente, incluso hubo voluntariado que se desplazaba hasta la frontera para colaborar con distintas organizaciones. Grupos de universitarios de distintos países colaborábamos en la recogida de ropa y alimentos. Todos intentábamos poner de nuestra parte, y era habitual acumular varias cajas de ropa enormes en tan solo una mañana. En esos días, en la residencia era frecuente encontrar a niños con sus



madres porque habilitaron una planta para dar albergue mientras localizaban a familiares que residían en otras ciudades polacas. Llegué a pensar que esos niños eran demasiado callados, su mirada curiosa la acompañaban de silencio. Una señora me explicó que les habían advertido que estaban en un edificio de estudiantes y que por eso evitaban hacer ruido para no distraer de los estudios. En las zonas comunes, durante los meses anteriores siempre hubo jarana, a partir del comienzo de la guerra en esas zonas se hablaba bajito, incluso la música o la televisión redujeron el volumen. Eran tiempos tristes, y se notaba en el ambiente. Los docentes, conscientes de ello, intentaban tomarlo con humor para quitarle hierro al asunto. Nunca olvidaré la vez en la que nuestro profesor de “Security of Computer Systems”, al que recuerdo con mucho cariño, tuvo que ausentarse durante una clase y nos dijo que iba a luchar contra un hackeo de Putin. Es imposible saber qué hizo ese tiempo, pero a nosotros consiguió sacarnos una sonrisa y que olvidásemos, por un momento, todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

Un país se conoce viajando y la oportunidad la ofrecían los ferrocarriles polacos y toda la conexión centroeuropea. La oferta de viajes era constante, y la organización de grupos estuvo presente durante todo el año. Si el trabajo lo permitía, los fines de semana eran una magnífica oportunidad para ver playas donde no era necesaria la sombrilla. Una ciudad se conoce paseando, en ocasiones charlando con sus gentes, otras observando sus edificios. Łódź es una ciudad de pasado industrial que intenta internacionalizarse mediante una oferta universitaria, es una ciudad joven con una historia donde está presente su pasado de guerras. Durante su vinculación a la URSS, se construyeron búnkeres que ahora se utilizaban como locales de ocio. Un fin de semana a propuesta de Argjend, un compañero de residencia, visitábamos Bosnia. A este chico le encantaba España pero aseguraba no tener documentación para vivir aquí, ya que él es de Kosovo, y España no reconoce su país. Sus palabras me sonaron rarísimo pero eran ciertas, tan ciertas como las cosas de la política. En su pueblo, Mostar, abundaban las



tiendas para vender a turistas artículos de artesanía realizados con casquillos de balas de su guerra. Vainas de diverso calibre servían para construir lámparas, juguetes, o llaveros. Nos aseguró que con ir al bosque y saber dónde buscar se encontraban. En aquel momento comprendía con tristeza que si los casquillos estaban vacíos antes se habían disparado.

Las cenas de amigos y un rato de conversación se instauraron en la cocina compartida de la planta segunda, era espaciosa y te ahorrabas disgustos con los detectores de humo de la cocina de la habitación, y por supuesto dormir oliendo, desde la cama, a fritanga. Decidimos que se elaborasen platos típicos de cada uno de nuestros países. Con la receta explicada en inglés, resultaban sabrosos, aunque el principal ingrediente fuese la improvisación. Pierogis, sushi, tacos mexicanos, kebab turco “original”, una tortilla de patatas y sopas innumerables elaboradas con las limitaciones de unos estudiantes, no pueden representar país alguno. Ingredientes reducidos y elaboración limitada, pero todos coincidíamos en reconocer sus particularidades. Me enseñaron recetas, me hablaron de sus países, de curiosidades que sigo recordando, y nos dieron consejos como al que denominamos directiva noruega: “nunca abrir en casa una lata de surströmming”. Hubo adaptaciones de la directriz noruega, sobre el consumo de esa conserva de pescado, “consumir preferentemente en un bosque solitario” y claro sobre el etiquetado que no avisaba del olor tan desagradable.

Aconsejo visitar en Polonia el museo bélico (Gdansk), el túnel de los deportados y campos de concentración como Auschwitz. Lugares que reflejan los horrores de la Segunda Guerra Mundial. El tiempo siempre lo atrapa todo y en especial a la historia, que la historia atrape al tiempo será monstruosidad porque los fanatismos se extenderán y su propaganda se encargará de exagerar las diferencias para justificar el conflicto. Con el programa Erasmus conseguimos cultivar un espíritu de colaboración que sobrepasa las fronteras y comprender que



todo el mundo debería hablar tres idiomas, dos serán oficiales, el tercero es cultural y pertenece al entendimiento.

El tiempo presenta demasiadas limitaciones y sobre todo en la juventud que nadie sabe hasta dónde llega. En la formación universitaria destinamos tiempo y recursos, en la facultad de Łódź nos sentimos valorados y recompensados por haber optado a pasar todo un curso entre ellos. Desde el punto de vista académico, el gasto se ha convertido en inversión que se recupera por la formación alcanzada. Desde el punto de vista humano, el Erasmus nos puede hacer mejores personas. Al regresar a España, sentía que debía devolver todo esto de algún modo. Por eso comencé mi voluntariado en ESN Granada, una asociación de universitarios cuyo principal objetivo es ayudar a los estudiantes de intercambio, porque sabemos mejor que nadie lo perdido que se está al llegar a otro país. Y gracias a esto, he podido vivir experiencias que nunca antes imaginé. Desde acudir a sesiones formativas por toda España, a ser el coordinador responsable de los erasmus granadinos en el Evento Nacional que se celebró el año pasado en Madrid. A su vez, valoro la oportunidad de tener amigos internacionales, gracias a algunos de los cuales he conseguido encontrar ofertas de empleo en mi sector (siempre estaré agradecido a Nora y a la empresa alemana del “novio de su madre”). Algunos de estos estudiantes también descubrirán la importancia de este proyecto y a su vez ayudarán a otros Erasmus al volver a casa.

El Erasmus se ha convertido en un idioma de unión, un idioma donde participan generaciones que ocuparán puestos de responsabilidad, y que decidirán cómo debe de ser el futuro. Está claro que vivir fuera de las burbujas locales nos permite mirar de otro modo, en ocasiones hay que mirar lejos, como si ese horizonte que forma el paisaje fuese una promesa.

Se crean amistades, se crea conciencia de la colaboración que no tiene fronteras, porque en definitiva al conocimiento que nos permitirá salvar las dificultades actuales no se le puede pedir pasaporte. Las oportunidades



profesionales, surgen con naturalidad en las conversaciones, en mi caso Alemania y Luxemburgo, se presentan como lugares para alcanzar estabilidad profesional y económica. En una de esas charlas mi amigo polaco Mateusz se interesó por la gestión turística en España, me hizo preguntas sobre cadenas hoteleras, y sobre el tema de compartir piso en España. Cuando terminaba el erasmus, y nos despedíamos, dijo que se vendría a trabajar a nuestro país. Hemos estado en contacto durante casi un año y cuando finalizó sus estudios, acompañado de su perro Flex, viajó en coche desde Łódź hasta mi casa en Bailén. La “calo” en Agosto y en Jaén hicieron que Flex se tumbase en el salón justo donde el aire acondicionado descargaba con más fuerza. Al pobre muchacho mi madre le sopló dos besos antes de que pudiese explicarle que en saludo polaco prefieren un apretón de manos. Ahora estamos en contacto, tiene un piso compartido con estudiantes en Madrid y un trabajo en un hotel, donde el dominio de sus tres idiomas le brindan una gran oportunidad laboral. Nora de Alemania se interesó por mi doble grado en matemáticas e informática y a los pocos días recibí una llamada suya para decirme que contactaría la empresa donde trabajaba su padre porque estaban buscando personal con mi perfil académico. En cuanto termine mi TFG, ya tengo claro cuál será mi próxima parada.

La formación académica contribuye al conocimiento y a la profesionalidad que nos permiten proteger de errores al futuro. Los errores se cuelan entre los aciertos y en algunos casos sus consecuencias son trágicas, estudiar los errores es tan importante como establecer los protocolos del acierto. Recuerdo el viaje guiado que hicimos por Chernobyl, donde una central nuclear en 1986 sufría un accidente. Viajamos casi a otro mundo, una ciudad abandonada, donde los brotes de nuevos árboles rompían el cemento para crecer, vimos un parque de atracciones convertido en un bosque y gente que apartaba de sus pensamientos la catástrofe que había sufrido Pripyat. En febrero unos meses más tarde Rusia ataca e invade Ucrania y la central nuclear de Zaporijia se convierte en un arma de guerra. Esa



parte de Europa se convierte en un nuevo problema donde la lógica y la razón quedan anuladas.

Hice amistades, que felicitaré en sus cumpleaños, que me alegraré de sus éxitos profesionales, profesores que me admiraré por transmitir además de conocimientos, la inquietud de ser mejores personas.

Mi Erasmus, además de lo esperado académicamente y de vida típica de un estudiante veinteañero, tiene una estación de tren, donde ofrecíamos café caliente y un lugar donde cargar el móvil. Solo era una mesa plegable, un termo y una regleta de enchufes, ayudada con una amiga de Madrid, las horas que pasamos en ese puesto creo que nos enseñaron a sentir la humildad. Solo se puede ofrecer ayuda cuando reconoces el valor de la otra persona, que ha viajado durante días y que te agradece una sonrisa sincera que le ofrezcas un vasito de café. Los héroes eran madres que tiraban de la maleta con una mano y en la otra sujetaban a un niño.

Analizar datos se resuelve con algoritmos. Realizar predicciones o embarcarse en el desarrollo de programas que resuelven tal o cual cuestión son solo una parte del futuro profesional que nos espera. Al comprender que las líneas de código, que los algoritmos pueden ser soluciones para defenderse del covid, para predecir desastres, o incluso para paliar los efectos de una guerra, entraremos de lleno y con pleno derecho en el futuro. El esfuerzo realizado en estos años tiene doble recompensa; profesional y por supuesto humana. El programa Erasmus, con la organización adecuada, con la involucración necesaria, conseguirá que los errores que quieren colarse entre los aciertos sean cada vez más pequeños e insignificantes.

Lo más importante de un intercambio es la gente con la que lo compartes. Todos los amigos que haces por el camino, y pese a la incertidumbre sobre cuándo podrás volver a verles, sabes que están ahí y puedes contar con ellos, porque,



después de todo lo vivido, hay un vínculo que nada puede quebrar. Algunos encontraron el amor, otros se descubrieron a sí mismos. Lo que es cierto es que todos ganamos algo que nos cambió la vida. Definitivamente, el Erasmus es algo más que una línea que añadir en LinkedIn.

Enlace material audiovisual: [enlace](#)

